

LA VIRGEN MARIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Aspectos del Evangelio según san Lucas *

1. Introducción

La feliz expresión del Papa León XIII “La Sagrada Escritura es el alma de la teología”, retomada más tarde por el Papa Benedicto XV y finalmente por el Concilio Vaticano II en su Constitución *Dei Verbum*¹, ha orientado en mayor o menor grado toda la investigación teológica de los últimos años.

Esto que se dice de la teología en general parece que se debe aplicar con mucha mayor razón a la Mariología. En las últimas décadas son innumerables las publicaciones de todo formato que tienen como objeto el estudio de los textos mariológicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, en orden a constituir una “Mariología Bíblica”.

Esta tendencia general de los teólogos se ha visto reforzada oportunamente: al tratar sobre el culto a la Santísima Virgen María, el mismo Magisterio de la Iglesia ha puesto ciertas exigencias que de ser resumidas en pocas palabras, dirían que “La Sagrada Escritura es el alma del culto mariano”.

El día 2 de febrero del año 1974, el Sumo Pontífice Pablo VI publicó la Exhortación Apostólica “*Marialis Cultus*”, en la que entre otras cosas ofrecía consideraciones y directrices aptas para favorecer el legítimo desarrollo del culto a la Santísima Virgen María. Entre estas directrices, la primera es la impronta bíblica, que como característica de todo el culto cristiano, debe estar también presente en la piedad mariana. Más allá del “uso diligente de los símbolos y textos sabiamente sacados de la Sagrada Escritura”, el Papa propone que en lo formal “las fórmulas de oración y las composiciones destinadas al canto tomen sus términos y su inspiración de la Biblia”; y en cuanto al contenido, “que el culto a la Virgen esté impregnado de los grandes temas del mensaje cristiano”². En el mismo Documento, el Papa Pablo

* Texto de la Conferencia pronunciada en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el Acto de celebración del Año Mariano Nacional, el día 2 de setiembre de 1980.

¹ León XIII, Enc. “*Providentissimus Deus*”; Benedicto XV, Enc. “*Spiritus Paraclitus*”; Concilio Vaticano II, Constitución “*Dei Verbum*” n. 24.

² Pablo VI, Exhortación Apostólica “*Marialis Cultus*” n. 30.

VI indica que los ejercicios de piedad a la Virgen María deben expresar “ la nota trinitaria, cristológica y eclesial que les es intrínseca y esencial”³ .

Esta exigencia del retorno a la Biblia cuando se trata de la Santísima Virgen, tanto en la teología como en el culto, tiene su razón de ser si se tiene en cuenta que hasta no hace mucho tiempo se intentaba eludir el campo de las Sagradas Escrituras cuando se abordaba el tema de la Madre del Señor.

Para usar una frase del conocido teólogo R. Laurentin, “en el siglo XVI los protestantes y los católicos se pusieron de acuerdo sobre el silencio de la Sagrada Escritura en lo referente a la Virgen. Esto se volvió un pretexto, para los protestantes para renunciar a la mariología, y para los católicos para desarrollar peligrosamente una mariología fuera de la escritura”⁴ .

Tal vez no se podrá coincidir plenamente con el citado teólogo en que la mariología se desarrolló al margen de la Escritura. Pero es verdad que una rápida mirada sobre los manuales tradicionales sirve para constatar que el recurso a las Sagradas Escrituras no presenta mayores variantes con lo que se constataba en la generalidad de los tratados dogmáticos: unas pocas citas de la Biblia como para justificar una definición dogmática, o tal vez para oponerse a un error de los adversarios. La mariología no se desarrolló al margen de la Escritura, pero el papel que ésta cumplió en los tratados mariológicos era polémico y apolético.

El movimiento de renovación en la interpretación de los textos bíblicos, impulsado principalmente por el Papa Pío XII⁵ , incidió de una manera enriquecedora. Según los métodos de investigación propios de la Biblia los textos volvieron a ubicarse dentro de su contexto, se atendió a los géneros literarios usados en cada caso, se trató de conocer cuál era el sonido y la resonancia que cada expresión tenía para los escritores y lectores originales. Y así se volvió a comprender que los textos bíblicos, en lo referente a la Virgen María, contenían una riqueza que iba mucho más allá de lo que expresan las definiciones dogmáticas y las fórmulas enunciadas por el Magisterio. Una apretada síntesis de lo aportado por este método de investigación es lo que se puede apreciar leyendo el Capítulo VIII de la Constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II o los números 282-303 del Documento de Puebla.

³ Pablo VI, Exhortación Apostólica “*Marialis Cultus*” n. 25.

⁴ R. Laurentin, “*Court Traité sur la Vierge Marie*”, París-1968, pág. 39.

⁵ Pío XII, Enc. “*Divino Afflante Spiritu*” (30-9-1943).

No se deben olvidar los nombres de aquellos que abrieron el camino a esta nueva forma de abordar la mariología en la Biblia: El Padre S. Lyonnet, con su artículo sobre el saludo del Angel a María⁶; R. Laurentin, con su ya clásico comentario a los dos primeros capítulos del Evangelio según San Lucas⁷; L. Deiss, con su estudio sobre la Hija de Sión⁸. Junto a ellos se deben mencionar tres teólogos protestantes: H. Sahlin que escribió sobre la teología de Lucas⁹; M. Thurian, que publicó un libro sobre María Madre del Señor y Figura de la Iglesia¹⁰, y H. Asmussen, quien tiene un tratado sobre la Madre de Dios¹¹.

Siguiendo los pasos de todos los que nos han precedido por este camino, y atendiendo a otros muchos que lo siguen cultivando en la actualidad, nos dedicaremos, dentro de lo que lo permitan las reducidas dimensiones de esta exposición, a leer algunos textos marianos del Evangelio según San Lucas ayudados por los elementos que se requieren hoy para una recta interpretación de las Escrituras y en orden a poner de manifiesto las riquezas que están ocultas en ellas, pero que el Espíritu de Dios entrega a todo aquel que se dispone a leerlas en la Iglesia y con la Iglesia.

2. La Infancia del Señor en San Lucas

El lugar privilegiado para estudiar el tema mariano en el Evangelio según San Lucas es el llamado "Evangelio de la Infancia del Señor" que ocupa los capítulos 1 y 2.

Un estudio atento del texto lleva a la conclusión de que este bloque pertenece a un segundo momento en la redacción del Evangelio. La solemne introducción cronológica de 3,1ss "En el año décimoquinto del Imperio de Tiberio César...", tiene todo el aspecto de ser la introducción a todo el Evangelio en el plan original del Autor. Por otra parte la predicación sobre la infancia del Señor no parece haber pertenecido al kerygma más primitivo, como se puede deducir de su ausencia en el Evangelio según San Marcos, del silencio sobre este tema en los discursos de los Hechos y en San Pablo, y de la independencia que existe entre Mateo y Lucas en los capítulos que ambos dedican a este tema. Todo lleva

⁶ S. Lyonnet, "Jaire kejaritoméne", *Bíblica* 20 (1939) 131-141

⁷ R. Laurentin, "Structure et Théologie de Luc I-II", París-1957

⁸ L. Deiss, "Marie, Fille de Sion", Bruges-1959 (Hay versión castellana).

⁹ H. Sahlin, "Der Messias und das Gottesvolk. Studien zur protolikanischen Theologie", Uppsala-1945

¹⁰ M. Thurian, "Marie, Mère du Seigneur, figure de l'Eglise", Taizé-1962

¹¹ H. Asmussen, "Maria, die Mutter Gottes", Stuttgart-1957

a suponer que la composición del Evangelio según San Lucas conoció diversas etapas, y que en una de ellas, hacia el final del proceso, se añadió el material referente a la infancia de Jesús.

En la lectura salta a la vista que el texto es una especie de centón de citas del Antiguo Testamento. El lector familiarizado con la Biblia judía puede ir leyendo el texto de San Lucas y al mismo tiempo relacionará mentalmente este relato con una serie de lugares veterotestamentarios. Se dice que esto es perceptible solamente para el lector familiarizado con el Antiguo Testamento, porque San Lucas sólo excepcionalmente indica la procedencia de una referencia^{1 2}. En esto contrasta con San Mateo, que invariablemente cita sus fuentes bíblicas.

Muchos advierten que el relato de San Lucas parece responder a una traducción del hebreo (¿o arameo?). Cuando el texto griego se retraduce al hebreo se descubren juegos lingüísticos, asonancias, referencias etimológicas, etc. Por lo que se puede pensar que hay que buscar el origen del Evangelio de la infancia de Jesús del Evangelio según San Lucas en la comunidad judeo-cristiana palestinese.

Si bien por muchos de sus rasgos este relato se asemeja a los "midrashim" de los maestros judíos del siglo I de nuestra era, por muchos otros se diferencia de tal manera que no es posible catalogarlo dentro de un género literario de los conocidos hasta la actualidad. Se asemeja a los "midrashim", pero no es simplemente otro "midrash" más.

3. La estructura del relato

El bloque Lc 1-2 aparece estructurado en la forma de sucesión de seis cuadros (o escenas) claramente diferenciados:

1a. escena: Anuncio a Zacarías	1, 5-25
2a. escena: Anuncio a María	1,26-38
3a. escena: Visita de María a Isabel	1,39-56
4a. escena: Nacimiento y circuncisión de Juan Bautista	1,57-80
5a. escena: Nacimiento, circuncisión y presentación de Jesús	2, 1-40
6a. escena: Jesús en el Templo	2,41-52

Paralelismos cuidadosamente ubicados señalan los comienzos y los finales de cada una de las escenas. Es un recurso literario ampliamente conocido y utilizado en la literatura semítica, y que es llamado "inclusión".

El bloque se abre y se cierra en el Templo de Jerusalén (1a. y 6a. escena). Y cada una de las escenas

¹² 2, 23-24

- 1a. escena: "y su esposa... Isabel" (Lc 1,5)
"Isabel, la esposa de él" (Lc 1,24).
- 2a. escena: "el Angel... a María" (Lc 1,26-27)
"María... el Angel" (Lc 1,38)
- 3a. escena: "María fue..." (Lc 1,39)
- 4a. y 5a. escenas están redactadas en paralelo.
 - 4a.: "se le cumplió (a Isabel) el tiempo de dar a luz" (Lc 1,57)
 - 5a.: "se le cumplieron (a María) los días de dar a luz" (Lc 2,6)
 - 4a.: "y el niño (Juan Bautista) crecía y se fortalecía" (Lc 1,80)
 - 5a.: "y el niño (Jesús) crecía y se fortalecía" (Lc 2,40)
 - 6a. escena: "a Jerusalén... subiendo" (Lc 2,41-42)
"bajó... a Nazareth" (Lc 2,51).

Se puede observar también que así como las escenas 4a y 5a están redactadas de tal forma que constituyen un paralelo. lo mismo sucede con las escenas 1a. y 2a. (las dos anunciaciones). Establecidas esta relación, el bloque aparece formado por dos "dípticos" seguidos cada uno por una escena suplementaria: dos anunciaciones seguidas por la visita de María a Isabel; dos nacimientos seguidos por la escena de Jesús perdido y hallado en el Templo.

Estos paralelismos no responden solamente a un gusto literario del Autor, sino que están encaminados a hacer resaltar —por oposición— las distintas cualidades de los personajes que intervienen y de las distintas economías que cada uno de ellos representa.

Se encuentran ciertos puntos de contacto dentro de cada uno de los dos grupos:

Las escenas 1a., 2a. y 3a. terminan de la misma forma:

- 1a.: "(Zacarías) se fue a su casa" (Lc 1,23)
- 2a.: "el Angel se fue..." (Lc 1,38)
- 3a.: "María... volvió a su casa" (Lc 1,56)

El mismo fenómeno se repite en las escenas 4a., 5a. y 6a.

- 4a.: "El niño (Juan Bautista) crecía y se fortalecía en el espíritu..." (Lc 1,80)
- 5a.: "El niño (Jesús) crecía y se fortalecía lleno de sabiduría..." (Lc 2,40)
- 6a.: "Y Jesús crecía en sabiduría y estatura, y la gracia de Dios..." (2,52).

La insistencia en la estructura del bloque de la Infancia del Señor en Lucas 1-2 tiende a hacer resaltar su carácter artificial. El Autor no se ha guiado por un deseo de acumular anécdotas relativas al misterio de la concepción y nacimiento del Hijo de Dios sino que ha elaborado cuidadosamente un texto siguiendo un plan trazado con meticulosidad donde cada rasgo y cada palabra debe ser tomado en cuenta a fin de poder captar la intención del redactor.

Estaría muy fuera de lugar que apoyándonos en estas observaciones pretendiéramos hacer un juicio sobre la historicidad de los hechos aquí narrados. La crítica literaria aquí aplicada sirve para descubrir qué es lo que el Autor pretende decir con estas palabras usando un determinado género literario. Para concluir en una afirmación sobre la historicidad de los hechos deberíamos seguir las reglas de la crítica histórica, la cual tiene sus propios métodos.

Sentadas estas premisas, corresponde pasar ahora al texto de la Escritura, para que sirviéndonos de los aportes de la exégesis moderna descubramos lo que el Autor inspirado nos dice sobre la Madre del Señor. No se tratará de reconstruir una Vida de María, sino de ponderar debidamente las expresiones usadas, advertir las alusiones a lugares del Antiguo Testamento, tanto en las palabras como en las imágenes, para que alcancemos a tener una clara comprensión del mensaje que interpela nuestra fe.

4. El relato de la visita de María a Isabel

En nuestra exposición nos circunscribiremos a algunos lugares del relato de la visita de María a Isabel (Lc 1,39-56), sin perder de vista ni el contexto inmediato (el relato de la infancia del Señor) ni la teología de Lucas.

Como ya hemos dicho se trata de la tercera en escena, la escena suplementaria de la primera parte que viene precedida de los dos anuncios: el anuncio a Zacarías y el anuncio a María. Artísticamente, el Autor recurre a este tercer relato para reunir a las dos madres, María e Isabel.

Como ya se ha indicado, la unidad literaria queda muy bien demarcada por los dos viajes de María: "María... fue hacia la montaña..." (Lc 1,39) y "María... retornó a su casa" (Lc 1,56).

Otros paralelismos internos muestran que la figura literaria es quiástica:

- a) María fue... a la casa de Zacarías (v. 39)
- b) Saludo a Isabel (v. 40)
- c) Oyó el saludo... saltó el niño en su vientre (v. 41)
- d) Bendita tú entre las mujeres, bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga...? (vv. 42-43)
- c.) la voz de tu saludo... saltó... el niño en mi vientre (v. 44)
- b') Dichosa la que ha creído! (v. 45)
- Magnificat—.
- a') María volvió a su casa (v. 56)

Se ve a simple vista que al establecer los paralelismos internos que sirven de esquema para la construcción del relato, el canto

del Magníficat ha quedado excluido. Otro detalle más nos invita a dejar de lado el cántico al establecer las dimensiones de la unidad literaria: en el versículo final (v. 56) se dice: "María permaneció *con ella* unos tres meses, y regresó a su casa". Al decir "*con ella*" se entiende que se está refiriendo a Isabel. Pero la última vez que Isabel ha sido nombrada es en el versículo 41: "Isabel quedó llena del Espíritu Santo y gritó..." La distancia entre estos dos versículos es demasiado grande, y se puede sospechar que el texto tal como se encontraba en su fuente, o como fue redactado en una primera edición no contenía el cántico de María, y que éste ha sido agregado en un segundo momento, antes de la edición definitiva. Toda la tradición textual está de acuerdo en que este texto poético es parte del relato de la visita de María a Isabel, y la unanimidad de los manuscritos y versiones antiguas nos impide emitir cualquier hipótesis que pudiera poner en duda la autenticidad del Magníficat.

Es posible que Lucas haya encontrado este cántico en otra de sus múltiples fuentes, diferente de aquella que poseía el relato de la visita de María a Isabel, y haya considerado oportuno introducirlo en este último relato como una respuesta de María al saludo y a la bienaventuranza que proclama Isabel: "Dichosa la que ha creído..." (v. 45). La Biblia de Jerusalén, en una nota, emite la hipótesis de que este cántico ha pertenecido al grupo de los "pobres" que posiblemente lo habrían atribuido a la Hija de Sión.

5. "... saludó a Isabel" (v. 40)

Uno de los primeros rasgos que llaman la atención del lector que se propone estudiar esta perícopa es la reiteración del término "saludo" y del verbo "saludar" (aspasmós y aspázomai respectivamente), que se encuentran en los versículos 40, 41 y 44. El Autor indica que "María... saludó a Isabel" (v. 40), que Isabel "oyó el saludo" (v. 41), y que luego Isabel explica que cuando ella oyó el saludo... (v. 44). El tema del *saludo* ya ha sido introducido anteriormente en el relato del anuncio del Angel a María: "María... discurría qué significaba aquel saludo" (v. 29).

Las pocas veces que se encuentra esta expresión en LXX está traduciendo una fórmula corriente del hebreo: "rogar por la paz de alguien"¹³. Pero en los textos de Lucas en el Evangelio de la infancia del Señor no está relacionado con la paz sino con la alegría. En cambio aparece en conexión con la paz en las directivas dadas a los setenta y dos discípulos (Lc 10,5): "En la casa en que

¹³ Ex 18,7; Jue 18,15 en LXX; En Símaco 1, Sam 25,5 y 30,31; 2 Sam 8,10; Sal 122,6.

entren, digan en primer lugar: Paz a esta casa...". El Señor ordena a sus discípulos que invoquen la paz sobre las casas que van a visitar, e inmediatamente añade: "... y si allí hubiere una persona digna de la paz, la paz de ustedes descenderá sobre ella; de lo contrario retornará a ustedes" (Lc 10,6).

Esto último nos indica qué es lo que se entiende por "saludar": se trata de una "donación" de paz, y no de un mero deseo que se expresa al encontrarse con aquel a quien se quiere evangelizar. Se puede comparar a una fuerza que está en poder del discípulo, y que se transmite o se retira.

El mandato del Señor a sus discípulos equivale a la colación de un poder. Es lo que Mateo dice en el lugar paralelo, que el Señor les dio una "exousía" (Mt 10,1). Al poner en acción este poder comunicarán la paz de los tiempos mesiánicos, la que anunciaron los Angeles en el nacimiento del Señor, como lo refiere el mismo Lucas: "Paz en la tierra para los hombres amados por Dios" (Lc 2,14).

6. *Causa nostrae laetitiae*

En los saludos normales, San Lucas prefiere usar la fórmula hebrea tradicional: "Paz, shalom, eiréne"¹⁴. Pero el Angel saluda a María con otra fórmula: "Jaire, alégrate" (Lc 1,28); es comprensible que subraye inmediatamente la sorpresa de María al oír estas palabras. Este saludo a María es completamente singular: lo que el mensajero de parte de Dios le otorga a María es la alegría.

Los Profetas del Antiguo Testamento saludaron a la Hija de Sión de los tiempos escatológicos anunciándole la alegría de los tiempos mesiánicos: "¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión; lanza clamores, Israel; alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén!"¹⁵; "¡Grita de alegría y regocíjate, hija de Sión!"¹⁶; "¡Exulta sin medida, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén!"¹⁷; "¡Dad gritos de gozo y júbilo, habitantes de Sión!"¹⁸; "¡No temas, suelo, jubila y regocíjate... Hijos de Sión, jubila, alegraos en Yahvéh vuestro Dios!"¹⁹

¹⁴ Lc 24,36 agrega un saludo con "eiréne" según algunos manuscritos, pero posiblemente se trata de una asimilación con Jn 20,19.26

¹⁵ Sof 3,14

¹⁶ Zac 2,14

¹⁷ Zac 9,9

¹⁸ Is 12,6

¹⁹ Joel 2,21.23

El Angel saluda ahora a María, la nueva hija de Sión, otorgándole esta alegría que de ahí en adelante será la característica de la comunidad de los tiempos nuevos, como puede observarse por la frecuencia con que Lucas usa el sustantivo “jará-alegría” y el verbo “jairo-alegrarse”.

María ha recibido el saludo del Angel y ha quedado inundada de alegría. Es por eso que cuando ella saluda a Isabel, el saludo provoca los saltos de alegría del niño en su vientre (Lc 1,44). En este caso, para decir “alegría” se usa otro término: “agalliasis”. Esta palabra aparece repetidas veces en el Antiguo Testamento para indicar la alegría que inunda a los creyentes cuando Dios es exaltado (“magnificado”) y también para describir la alegría de los tiempos escatológicos: “¡Alégrense los cielos, regocíjese (agalliasis) la tierra; retumbe el mar y cuanto encierra; exulte el campo y cuanto en él existe; entonces se regocijarán (agalliasis) todos los árboles del bosque ante la presencia del Señor porque viene, viene, sí, para juzgar la tierra!”²⁰.

En el Evangelio según San Lucas la palabra “agalliasis” con el verbo correspondiente aparecen cuatro veces, de las cuales hay tres en el relato de la Infancia del Señor: 1,14.44.47. La vez restante es para decir que “Jesús... se alegró en el Espíritu Santo” (Lc 10,21). También en el Libro de los Hechos de los Apóstoles la “agalliasis” se atribuye a Jesús cuando se le aplica el texto del Salmo 16,9: “... se ha alegrado mi corazón, se ha regocijado (egalliasis) mi lengua... porque no has abandonado mi alma en el Hades ni has permitido que tu Santo experimente la corrupción” (Hech 2,26-27). Si la alegría es característica de Jesús, también aparece como característica de la comunidad cristiana reunida junto a la mesa: “...tomaban el alimento con alegría...” (Hech 2,46); “... les sirvió la mesa y se alegró con toda su casa creyendo en Dios” (Hech 16,34)²¹.

En el Evangelio según San Lucas no se nos dice cuáles fueron las palabras con las que María transmitió la alegría a Isabel; solamente se dice: “Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel” (Lc 1,40). Hay cierta disparidad entre los dos relatos de saludos: cuando el Angel saluda a María, se reproducen las palabras del saludo (Lc 1,28) y de María se dice solamente que “se turbó y discurría sobre qué sería este saludo” (Lc 1,29). En cambio en el relato siguiente no se indican las palabras del saludo de María, pero el redactor se detiene más en las reacciones de Isabel:

²⁰ Sal 96,11-13; ver: Sal 35,27; 92,5s; 97,8; 125,2.5; etc.

²¹ Ver también Hech 8,8 “Hubo gran alegría en la ciudad” después de la predicación de Felipe; el eunuco recién bautizado “siguió su camino con alegría” (Hech 8,39); al oír predicar a San Pablo “los paganos se alegraron” (Hech 13,48) “y los discípulos quedaron llenos de alegría” (Hech 13,52).

“Isabel escuchó el saludo de María (Lc 1,41a)
 el niño saltó en su vientre (Lc 1,41b)
 Isabel quedó llena del Espíritu Santo (1,41c)
 levantó la voz y dijo: Bendita tú... (Lc 1,42)
 ; Bienaventurada...! (Lc 1,45).

Si prestamos atención a todo lo que sucede cuando saluda María, descubrimos que se da una sucesión de actos relacionados cada uno de ellos con los bienes mesiánicos más intensamente esperados en el Antiguo Testamento:

María saluda, y:
 El niño salta de alegría;
 Isabel queda llena del Espíritu Santo;
 Isabel proclama bendiciones: Bendita Tu...
 Isabel proclama bienaventuranzas: Bienaventurada...

Decíamos antes que en el Evangelio de Lucas se nos enseña que el discípulo cristiano que sale a evangelizar es portador de un saludo que es eficaz: produce la paz que anuncia. De la misma manera María, saludada con la alegría por un mensajero de Dios, se apresura (“salió apresuradamente” Lc 1,39) a saludar a Isabel para provocar en ella y en el hijo que ésta lleva en su vientre la efusión de los bienes esperados: la alegría, el Espíritu Santo, las bendiciones y las bienaventuranzas.

7. *Gratia plena*

Los Profetas habían dicho: “Alégrate, Hija de Sión...”²², pero el Angel, en vez de decir “; Alegrate, María!”, sustituye el nombre por un epíteto: “kejaritoméne”. La tradición católica ha encontrado en este título el germen de donde se ha desarrollado la doctrina, declarada más tarde dogma de fe, de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

Orígenes pone de relieve la novedad del saludo del Angel: “Como el Angel saludó a María con un nuevo nombre que yo no he encontrado en ningún otro lugar de la Escritura, debo decir unas pocas palabras sobre esto. El Angel dice ‘kejaritoméne’, y yo no recuerdo haberlo leído en ninguna otra parte de la Escritura, ni a ningún hombre se le ha aplicado un título como éste. Este saludo está reservado solo a María”²³.

El término que traducimos por “gracia” es uno de los más complejos de la lengua hebrea (hen): la “gracia” es la belleza, lo que

²² Ver Sof 3,14; Zac. 2,14; etc.

²³ Homilía VI sobre San Lucas; PG XIII, 1815-1816

atrae en un sujeto; también es el regalo, el don que se hace a alguien; es la bondad que se muestra a una persona, o la misericordia que se tiene o se manifiesta hacia alguien. Cuando lo consideramos dentro de un contexto religioso tenemos que pensar en el amor, la bondad, la misericordia de Dios que se vuelve hacia su creatura, pero también en la creatura que “encuentra gracia a los ojos de Dios”, es decir que Dios mismo lo hace atractiva, digna de su gracia.

A María se le dice en primer lugar que ella es “kejaritoméne” para agregar inmediatamente que “has hallado gracia a los ojos de Dios” (Lc 1,28.30). La palabra “kejaritoméne” es una forma participial pasiva en tiempo perfecto. Por ser participio, equivale a un nombre; por estar en pasivo, indica que María ha recibido gracia; por estar en tiempo perfecto, señala que esa gracia le ha sido concedida en el pasado pero continúa siendo concedida en el presente, y en forma continuada. Es imposible hallar una sola palabra de nuestra lengua que retenga y exprese todos estos matices. La forma tradicional de nuestra oración católica reproduce la forma de la Vulgata: “Gratia plena/ llena de gracia” y es una traducción justificada. Las traducciones protestantes prefieren “Muy favorecida”. La Nueva Biblia Española traduce en forma más desleída “Favorecida”. Nuestra traducción argentina “El libro de la Nueva Alianza” conserva la forma tradicional “Llena de gracia”, así como la Biblia de Jerusalén, que luego aclara en una nota: “Tú que has estado y sigues estando llena del favor divino”.

El Profeta Jeremías había saludado a la virgen hija de Sión anunciándole la llegada de los tiempos escatológicos: “Así dice Yhaveh: Halló gracia en el desierto el pueblo que se libró de la espada: va a su descanso Israel. De lejos Yahveh se me apareció. Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel; aún volverás a tener el adorno de tus instrumentos musicales y saldrás a bailar entre gente que está de fiesta!” (Jer 31,2-4). De la misma manera el Angel saluda a María anunciándole que ella es el objeto del favor divino: amada por Dios es enriquecida con su gracia de una manera constante y permanente; ella es amada “con amor eterno”.

8. *Foederis arca*

Para decir que Juan saltó en el vientre de Isabel, Lucas usa el verbo “skirtao”. Un verbo que en el uso vulgar se aplica a los animales que saltan libremente. Platón lo usa en sentido figurado para referirse a los jóvenes que no se quedan quietos²⁴. Así tam-

²⁴ Liddell-Scott, A Greek-English Lexicon, p. 1611

bién se lo encuentra en LXX aplicado a los animales o a otros sujetos cuando saltan o se mueven libremente como los animales; también aparece en Gen 25, 22 para decir “empujarse”.

Algunos autores piensan que Lucas ha escogido este verbo porque quiere suscitar en el lector la asociación de Gen 25, 22LXX, los movimientos de Esaú y Jacob en el vientre de Rebeca, y Mlq 3,20 LXX, los saltos de alegría “como novillos” en los tiempos mesiánicos.

Sin embargo, se debe advertir que en la versión de Símaco se usa “skirtao” en 2 Sam 6,16 para decir que “David estaba saltando y girando delante de Yahveh” cuando narra la escena de la danza delante del Arca. Hay otros indicios que invitan a buscar una intención de Lucas en la misma dirección: Tanto María como el Arca van en dirección a la montaña de Judea; en uno y otro caso hay acompañamiento de alegría y cánticos; en los dos relatos se usan las expresiones “grandes voces” y “gritos”; el Arca permanece tres meses en la casa de Obededom de Gat (2 Sam 6,11) y María se queda tres meses en casa de Zacarías e Isabel (Lc 1,56). En el primer caso David exclama: “¿Cómo será llevada a mi casa el Arca del Señor?” (2 Sam 6,9); Isabel por su parte grita: “¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?” (Lc 1,43). Finalmente, en los dos casos encontramos un Profeta que “salta/skirtao” en presencia del Señor: David delante del Arca de Yahveh y Juan Bautista delante de María.

En el Antiguo Israel existía el Arca que se conservaba honrosamente en el Templo de Salomón. En su interior estaban las tablas de Moisés y sobre ella, encima de los Querubines, se hacía presente el Dios de Israel.

Lucas recurre a esta tipología para mostrarnos a María con un nuevo título: ella lleva en su interior, en su vientre, a aquel que es la Nueva Alianza entre Dios y los hombres, y sobre María también se encuentra Dios: “el poder del Altísimo te hará sombra” (Lc 1,35) le dijo el Angel en el momento de la anunciación, con palabras que Lucas ha tomado de la descripción del Santuario²⁵.

Los comentaristas hacen notar que cuando Lucas se refiere a la concepción de Jesús se usa la expresión “concebirás en tu seno” (Lc 1,31) y “antes de ser concebido en el seno” (Lc 2,21). La fórmula es redundante, ya que bastaría con decir “concebirás” o “ser concebido” como hace Lucas cuando habla por ejemplo de la concepción de Juan Bautista: “Después de ocho días concibió Isabel” (Lc 1,24).

²⁵ Ex 40,38; Lv 9,15-23; etc.

Pero no se trata de una redundancia ni de una incorrección gramatical. Cuando los textos del Antiguo Testamento aluden a la habitación de Dios en medio de su pueblo, usan frecuentemente una expresión que se puede traducir con las palabras “en su seno”. Así por ejemplo: “Yahveh tu Dios está en tu seno, un poderoso salvador”²⁶; “Grita de gozo, regocíjate, hija de Sión, porque vengo a habitar en tu seno”²⁷. Adviértase que se trata de los mismos textos que contienen la invitación a la alegría mesiánica dirigida a la hija de Sión de los tiempos escatológicos. La Hija de Sión y el Arca de la Alianza se funden en una misma realidad que es María.

Arca de la Alianza = Foederis Arca. Ya los Santos Padres habían vislumbrado esta relación. Encontramos en un Sermón de San Máximo de Turín (+ 423): “El Profeta David bailó delante del Arca; ¿pero acaso el Arca no es María? Porque el Arca llevaba en su interior las Tablas de la Alianza, y María llevaba al mismo Heredero de la Alianza; El Arca contenía la Ley, pero María el Evangelio; El Arca era portadora de la Voz de Dios, y María es la que lleva al Verbo. El Arca brillaba por dentro y por fuera por el resplandor del oro, María en cambio resplandece por dentro y por fuera con el resplandor de la virginidad. El Arca se adornaba con oro terrenal, y María se embellece con oro celestial”²⁸.

9. “... el Espíritu Santo vendrá sobre ti...” (Lc 1,35)

Toda la obra de Lucas —Evangelio y Hechos— está orientada a mostrar la acción del Espíritu Santo en la Historia de la Salvación.

San Pedro, el día de Pentecostés, explica que al derramarse el Espíritu Santo sobre los discípulos se ha cumplido el anuncio del Profeta Joel (3, 1-5). Al cumplirse la promesa profética se ha dado comienzo a la era escatológica (Hech 2,14ss).

Pero el Espíritu Santo ya se había adelantado: ha descendido sobre María para que ésta conciba a Jesús (Lc 1,35), desciende también sobre Jesús en el bautismo (Lc 3,22) y lo acompaña durante su ministerio (Lc 4,1; 4,14.18; etc.). El don escatológico reservado a los discípulos para después de la ascensión, ya está actuando en María y en Jesús.

Pero así como la alegría, ese don escatológico del Espíritu se derrama cuando María saluda: “Isabel oyó el saludo de María... y quedó llena del Espíritu Santo” (Lc 1,41).

²⁶ Sof 3,17

²⁷ Zac 2,14

²⁸ San Máximo de Turín, Sermón CIV; PL 57, 739-740

10. *"Bendita tú entre las mujeres..." (Lc 1,42)*

Isabel, oyendo el saludo de María, prorrumpe en bendiciones: "¡Bendita tú entre las mujeres! Bendito el fruto de tu vientre!" (Lc 1,42).

La primera de estas bendiciones reproduce en forma literal el texto de Judith 13,18a: "Bendita tú, hija, por el Dios Altísimo, entre todas las mujeres de la tierra" y el texto de Jueces 5,24: "¡Bendita Jael entre las mujeres!". La segunda bendición tiene solo un equivalente, en el mismo texto de Judith citado en primer lugar: después de bendecir a Judith se termina diciendo: "y Bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra" (Judith 13,18b). En Lucas, como en Judith, encontramos dos bendiciones unidas: en Judith se bendice primero a Judith y luego a Dios; en Lucas se bendice primero a María y luego a su Hijo, de quien ya se ha dicho que es Hijo de Dios (Lc 1,35).

Para los antiguos la bendición es una realidad que desciende de Dios; se considera como una fuerza divina, que viene a habitar en la persona o en la cosa bendecida y que la enriquece con una nueva capacidad, y que incluso se puede transmitir a quienes entran en contacto con el sujeto que ha sido bendecido.

Así el primer hombre y la primera mujer fueron bendecidos, y el Génesis nos dice: "Y Dios los bendijo diciendo: sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra, sométanla..." (Gen 1,28). En este caso la bendición de Dios consiste en la fecundidad y en la potestad para dominar la tierra. También los Patriarcas son bendecidos para poder tener una descendencia numerosa como la arena del mar²⁹ o para aumentar sus riquezas³⁰, así como son bendecidos los que están relacionados con ellos.³¹

Pero entre todas las bendiciones del Antiguo Testamento se destaca la bendición de Dios a Abraham. A Abraham se le promete una descendencia como bendición, y en esa descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra: "De ti haré una nación grande y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y servirá de bendición; bendeciré a quienes te bendicen y maldeciré a quienes te maldigan; por ti se bendecirán todas las familias de la tierra" (Gen 12,3)³².

²⁹ Gn 17,16; 22,17-18

³⁰ Gn 26,12-14

³¹ Gn 39,5

³² Ver también Gn 18,18; 22,18; 26,4; 28,14.

Al hablar de la bendición de María y del fruto de su vientre, Lucas ve realizada en María la bendición prometida a Abraham.

El texto de la promesa de la bendición a Abraham es utilizado por San Pablo para enseñar que la descendencia es Cristo (Gal 3,16); también San Pedro, en el libro de los Hechos, dice: “Ustedes son los hijos de los Profetas y de la Alianza que estableció Dios con sus padres diciendo a Abraham “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios, resucitando a su Siervo para ustedes, lo envió para bendecirlos...” (Hech 3,25), y explica a continuación que esta bendición que trae Cristo es “que cada uno se convierta de sus pecados”.

Hay una coincidencia en señalar que la descendencia es Cristo, pero lo novedoso en Lucas es colocar a María en el lugar del creyente Abraham. Ya había una alusión al Patriarca en el anuncio del Angel a María, cuando refiriéndose a Isabel, que siendo estéril dará a luz, el Angel dice: “para Dios no hay ninguna palabra imposible” (Lc 1,37), palabras que reproducen exactamente las que Dios dice a Abraham cuando le anuncia que su esposa, la estéril Sara, será madre de Isaac (Gen 18,14). Pero hay una diferencia: Sara sonrío incrédula, mientras que María acepta con fe que será madre al mismo tiempo que virgen.

Por eso mismo María será saludada con la primera bienaventuranza del Evangelio según San Lucas: “Dichosa la que ha creído...” (Lc 1,45). El nuevo nombre que recibe aquí María “la que ha creído”, hace eco al título con el que se denomina al Patriarca Abraham: “el que creyó”, “creyó Abraham” (Gn 15,6). Pero Abraham tuvo solamente la promesa, en cambio María, creyendo, la llevó a su cumplimiento: “ahora se cumplirán todas las cosas que han sido dichas de parte de Dios” (Lc 1,45), y a este cumplimiento hará referencia la última palabra del Magníficat: “... así como lo dijo Abraham, y a sus descendientes para siempre” (Lc 1,55).

11. *“Dichosa la que ha creído...” (Lc 1,45)*

“Dichosa la que ha creído” dice Isabel (Lc 1,45). La palabra que se traduce por “dichoso” o también “bienaventurado” es “makarios”, que los antiguos usaban para designar a sus dioses en el estado de perfecta y eterna felicidad. Los LXX lo usaron para traducir el hebreo “ashre” que de modo diferente del de los paganos, nunca se aplica a Dios sino a los hombres que viven de tal manera que tienen el favor de Dios: “Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos...”³³; “Dichoso el hombre que se refugia

³³ Sal 1,1

en El”³⁴; “Dichoso el hombre que pone su confianza en el Señor”³⁵; etc. Algunas veces es “dichoso” el mismo pueblo por el hecho de su elección: “Dichosa la nación cuyo Dios es Yahveh, el pueblo que El eligió como herencia”³⁶.

Los makarismos del Nuevo Testamento tienen una diferencia notable con los del Antiguo. En el Antiguo Testamento predominan las bienaventuranzas de tono sapiencial: el hombre es feliz en esta vida por su comportamiento o por las bendiciones que recibe de parte de Dios. En contados casos las bienaventuranzas veterotestamentarias tienen alguna resonancia escatológica, y esos contados casos no pertenecen a la Biblia hebrea sino a particularidades de traducción en LXX. Las bienaventuranzas del Nuevo Testamento en cambio, se refieren a la alegría que tienen los creyentes por la llegada del Reino de Dios, es decir que son fundamentalmente escatológicas: “Dichosos... porque de ellos es el Reino”.

María es llamada “dichosa” porque ya participa de esta alegría a la que ha sido llamada por el saludo del Angel: su acto de fe desencadena sobre el mundo un torrente de bendiciones que constituyen los bienes prometidos desde siglos a Abraham y a su descendencia.

Isabel pronunció la primera bienaventuranza dirigida a María, y más tarde será una mujer del pueblo que pronunciará la segunda: “Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron” (Lc 11,27). Jesús corregirá en cierta manera esta expresión indicando cuál es la verdadera bienaventuranza de María: “Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan”.

Efectivamente, Lucas ha repetido dos veces que María escuchaba la Palabra y la guardaba en su corazón: cuando los pastores corren al lugar en que ha nacido Jesús, relatan lo que se les ha dicho sobre el Niño, y Lucas agrega: “María, por su parte, conservaba todas estas palabras meditándolas en su corazón” (Lc 2,19). Al finalizar el relato de la Infancia del Señor, una vez que han hallado al Niño en el Templo, se dice que regresaron a Nazareth” y su madre conservaba todas estas palabras en su corazón” (Lc 2,51).

La corrección impuesta por Jesús a las palabras de la mujer del pueblo constituyen una nueva bienaventuranza de María: ella es la primera que ha escuchado la Palabra de Dios y la ha guardado

³⁴ Sal 34,9

³⁵ Sal 40,5

³⁶ Sal 33,12

en un corazón bueno. De la misma manera entendemos el texto de Lucas que nos refieren las palabras de Jesús respondiendo a los que le avisan que su Madre desea verlo: "Mí madre y mis hermanos son aquellos que escuchan y practican la palabra de Dios" (Lc 8,21) y que sirven de comentario a la parábola del sembrador desarrollada unos pocos versículos más arriba: "... lo que cayó en buena tierra son aquellos que habiendo escuchado la Palabra la conservan en un corazón bueno y recto y dan fruto con perseverancia" (Lc 8,15).

Las bienaventuranzas de María no se detienen ahí. Deben continuar porque ella misma dice en el Magnificat: "Todas las generaciones me declararán dichosa" (Lc 1,48). La frase pertenece originalmente al texto de Malaquías (3,12): "Todas las naciones de la tierra los llamarán dichosos, porque ustedes serán una tierra de delicias, dice Yahueh". Evidentemente se trata de un anuncio para el pueblo escatológico: los beneficiarios de todos los bienes mesiánicos serán felicitados por todas las naciones de la tierra. María, como resumen del pueblo de Dios escatológico, anuncia que todas las generaciones proclamarán su dicha. Las bienaventuranzas del Evangelio según San Lucas se deben aplicar entonces en primer lugar a María: ella es la pobre para la que ha llegado el Reino de Dios.

12. El Canto de la virgen pobre

En la redacción actual del Evangelio según San Lucas, María responde al discurso de Isabel con el Magnificat (Lc 1,46-55). Decíamos al principio que este trozo poético tiene el aspecto de agregado posterior y que probablemente pertenece a otra fuente de las utilizadas por San Lucas.

Es sabido que el cántico de María está compuesto por una serie de textos extraídos de diversos lugares del Antiguo Testamento, lo que le da la extraña apariencia de un mosaico donde se puede contemplar prácticamente toda la Biblia al mismo tiempo. En su presentación, es el cántico de acción de gracias de la Hija de Sión por las promesas escatológicas que ya se ven realizadas. María se aplica a sí misma lo que el Antiguo Testamento dice de Israel: "... me felicitarán todas las generaciones..." (v. 48); "... ha hecho para mí grandes cosas..." (v. 49). Se trata del Israel de los tiempos mesiánicos que ya no merece reproches y ve realizadas todas las promesas de Dios.

Hay una sola razón por la que se entona el himno: "... porque ha mirado la humillación de su esclava" (v. 48a). Esta es la única razón y que luego se explicitará a lo largo de todo el cántico.

La humillación ("tapeinosis") es en el Antiguo Testamento la

situación de tristeza, difícil y penosa del pueblo durante la esclavitud en Egipto: "El Señor ha mirado la humillación de ustedes" (Dt 26,7). El "ustedes" del Deuteronomio, referido a Israel es reemplazado por el Magníficat por el título "esclava/sierva", con lo que María hace suyas las palabras del Antiguo Testamento aplicándose el mismo título con que había respondido al Angel en Lc 1,38: "Yo soy la esclava del Señor".

La conjunción de estas nociones: "humillación", "sierva" (v. 48a), más la mención de los "temerosos" (v. 50), los "soberbios" (v. 51), los "poderosos" y los "humildes" (v. 52), los "hambrientos" y los "ricos" (v. 53) indican que el cántico forma parte de la frondosa literatura de "los pobres de Yahvéh" que tan amplio lugar ocupa en el Antiguo Testamento y que se prosigue en el Nuevo.

María, como humilde sierva de Dios, agradece su elección y elevación. Se siente identificada con el siervo Israel, a quien Dios escogió acordándose de su misericordia (v. 54). En María, los pobres e Israel engrandecen a su Dios.

La expectación de los pobres de una intervención escatológica de Dios para derribar a los poderosos y elevar a los humildes ya comienza a realizarse: María descubre el comienzo de la escatología en la elección que Dios ha llevado a cabo en ella misma. Ya Dios "derribó a los poderosos de sus tronos y elevó a los humildes" (v. 52).

A partir de entonces la Buena Noticia se anuncia a los pobres y humildes: el nacimiento de Jesús será anunciado por el Angel a los pastores con estas palabras: "Les 'evangelizo' una gran alegría... hoy les ha nacido a ustedes un Salvador...!" (Lc 2, 10-11); esa Buena Noticia que ha sido ocultada a los sabios y a los prudentes, ahora se anuncia y se revela a los pequeños (Lc. 10,21; ver 8,10).

13. Conclusión

Es momento de poner un punto final a esta exposición. Con estos pocos ejemplos tomados del relato de la visita de María a Isabel hemos intentado mostrar cómo la exégesis actual nos ofrece diariamente una imagen renovada de la Madre de Dios.

Los estudios bíblicos ofrecen a la reflexión de los eruditos y a la contemplación del pueblo de Dios la constante profundización en el inagotable manantial de la revelación. De esta investigación va surgiendo con una nitidez cada vez mayor la figura de la Madre del Señor tal como la describe cada uno de los Autores inspirados. San Lucas nos ha llevado de la mano para que la veamos prefigurada en el Patriarca Abraham que se destacó por su fe, en

el Santuario de Dios que fue cubierto por la sombra de la nube de Yahveh, en el Arca de la Alianza que fue celebrada por los saltos de alegría de la danza de David. Ella es la Hija de Sión de los tiempos escatológicos: la que es Virgen fiel a su único Esposo Dios, la que es amada y ha hallado gracia, la madre de la descendencia prometida, en Ella Dios habita como en un santuario, y Ella es el resumen del pueblo pobre y humilde que confía solamente en el Señor, en Ella se dan cita todas las alegrías y bendiciones de los tiempos mesiánicos, sobre ella descende el Espíritu de Dios porque ella es la que inaugura los tiempos nuevos.

También María es la que sirve de imagen arquetípica y comienzo de la Iglesia: es la primera evangelizadora que lleva la Buena Noticia, derramando alegrías, bendiciones y el mismo Espíritu Santo sobre los que la encuentran por el camino, es el modelo del cristiano de las bienaventuranzas, y sirve de ejemplo a todos aquellos que quieren escuchar la Palabra de Dios para conservarla en un corazón bueno para dar fruto con perseverancia.

Muchos prescinden de la Sagrada Escritura y alimentan su fe y su devoción con relatos apócrifos y con datos de revelaciones y apariciones que en muchos casos no pueden presentar credenciales ni garantías de credibilidad. Se privan con ello de todas las riquezas que ofrece la Palabra de Dios contenida en la Escritura.

Podemos recordar las palabras del inolvidable Romano Guardini, que en su libro sobre la Madre del Señor dice que "los hechos son más grandes que todas las maravillas de la leyenda y todos los superlativos de la retórica piadosa...; la auténtica realidad es más piadosa, más grande y más misteriosa que todos los milagros legendarios" (págs. 23 y 38).